



EN SUEÑOS



o sé yo si los demás podrán procurarse una determinada especie de sueños á su gusto; yo tengo la de viajes, y me basta para viajar en sueños toda la noche, fijar mi pensamiento antes de dormirme en algun apartado lugar que me haya dejado muy viva impresion: poco á poco van pasando ante mi imaginacion cien otros lugares, ciudades, campiñas y gentes, trasformándose rápidamente, sin que jamás venga á entrometerse en el sueño vision alguna de otra naturaleza.

Lo extraño es que, si no los sucesos, al ménos los lugares y los personajes que sueño son siempre lugares y personajes que he visto; lo cual no me sucede cuando al dormirme no pongo la imaginacion en el camino de las reminiscencias; puesto que si cierro los ojos

pensando en Sydney ó en Batavia, los sueños me trasportan por toda la tierra y es muy fácil que me halle discurrendo sobre política á la una de la noche con algun emperador chino.

¿Cuál es la razon de esto?

¿Cómo la mente, errante por entre las más extrañas fantasías en el campo de los sucesos, se mantiene al mismo tiempo ligada á la realidad geográfica de mis viajes? ¿En qué consiste que tocante á lugares y personas no hago en sueños más que recordar, y no desvarío sino en los sucesos y conversaciones? ¿A qué se deberá esta constante distincion? Quizá es la centésima vez que me dirijo la misma pregunta y por centésima vez no encuentro otra respuesta sino volver la cabeza de derecha á izquierda sobre la almohada, recogiendo todos mis pensamientos en el jardin del duque de Montpensier, que á lo que parece debe ser esta noche el punto de partida de larga peregrinacion, porque aparece y reaparece en mi mente con obstinacion invencible, y es seguro, que al ménos por hoy, me dormiré á la sombra de los naranjos ducales.

Dios quiera que tenga un viaje tranquilo y alegre, que no me ocurra como otras veces, tener que despertar á mi madre con gritos de espanto ó suspiros de dolor.

*
*
*

¿Cómo había entrado en el jardin del duque de Montpensier, del *Rey Naranjero*, como le llaman en España?

Sin duda mi amigo Gonzalo Segovia, ardiente borbónico, me había procurado el permiso; no recuerdo bien como fué. El más vivo, ó más bien el único recuerdo vivo del lugar, es la fuente que yo llamé de los *Cinco Sentidos*. ¡Ah! En verdad, puedo muy bien decir que allí pasé la hora más deliciosamente sensual de mi estancia en Sevilla. Sería próximamente entre doce y una, la esplendidez del sol deslumbraba, sentíase una ligerísima brisa. Sentado sobre la yerba y á la sombra de un grupo de laureles inmediatos al depósito de una fuente, bajo las ramas encorvadas de un rosal; con una mano metía en la boca los cascos de una naranja que destilaba gruesas gotas de jugo; con la otra acariciaba la pierna de un niño de finísimo mármol que por la boca me lanzaba agua helada tocándome casi los cabellos, las hojas de las rosas, sacudidas por el aire, me caían sobre el pecho; el agua límpida del estanque reflejaba como fiel espejo mi cara no turbada ni por la sombra de un pensamiento; por

cima del verde oscuro de los árboles, véase la terraza blanca y llena de arabescos de una casita estilo morisco; más á lo lejos, la enorme estatua dorada de la Fé, giraba centelleando en lo alto de la Giralda sobre el purísimo azul del cielo andaluz:—¡Algo más para el oído!—Exclamé con estremecimiento de placer. Un momento despues ofase detrás de los laureles, primero, el ligero rumor de un rastrillo, despues, la voz fresca y sonora de una muchacha con acento sevillano lleno de dulzura:—¡Yo soy bella y tu tienes veinte años!—Tuve un momento de embriaguez; aspiré una gran bocanada de aire; metí la cara en el agua, mordí el naranjo y las rosas á la vez, y dejé escapar sonora carcajada revolcándome por la yerba como un niño. Luego, poco ó poco, dominado por dulcísima languidez... cerré los ojos... y me quedé dormido...

*
* *

¡Tú me has despertado, querido y cruel Parodit! ¿Y por qué? Las maravillas del Restaurant Blont, ¿valen quizá tanto como los jardines de los Montpensier? Es preciso ser justos y reconocer que el señor Blont nos dá el caldo más sustancioso y la carne me-

¡jor sazónada de todo París, y que debe mirarse como una bendición de Dios el tener por dos pesetas esta comidilla y este espectáculo! Veinte mesas de hambrientos; una multitud en perpétuo movimiento, que habla en cien lenguas distintas de mil cosas absurdas ó sublimes; aventureros de todas partes del mundo, jovencillos con las primeras esperanzas, viejos con las últimas; inventores de *sistemas* y de *reformas universales*, llenos de utopías y de deudas; grandes hombres sin sentido comun; quizá algun verdadero grande hombre; algun dramaturgo oscuro, cuya primera comedia será recitada dentro de tres meses diez veces en el *Théâtre français*, y su nombre cruzará la Europa entera; Celestinas que bailan en Mabilly ó en Valentino por un tanto cada noche; saltimbanquis de teatro, que tragan la espada hasta la empuñadura; periodistas que te plantan una puñalada que penetre hasta los riñones; un bávaro que hace diez años viene meditando una renovación social, fundada sobre la alianza del Papa y la Democracia; un brasileño que ha inventado novelas armoniosas y perfumadas, y de cuya cubierta, llegada la lectura á cierto punto, con una ligera presión del dedo, se puede hacer salir un perfume y una canción á propósito; un polaco, que ha llegado á crear cierta especie de comedia, que no exige palco escénico para representarse, sino que se hace en la vida real, ó más bien, un nuevo género de vida, que se vive en forma de comedia; un inglés, que desea obtener del Gobierno la

creacion en las Universidades de Francia de un curso de lecciones permanente sobre el *Arte de gobernar las mujeres*; el inevitable inventor de la lengua universal; el no ménos inevitable regulador de la locomocion aérea; revolucionarios locamente audaces de todas las ciencias y de todas las artes; todas las deformidades intelectuales que corresponden á las deformidades físicas; inteligencias torcidas, ingenios jorobados y contrahechos, genios hidrópicos, fantasías afectadas de elefantiasis; jugadores, enamorados, bebedores de ajeno; ateos, fanáticos, cínicos; gente que se mata á estudiar y gente que se consume en la corrupcion; hombres que duermen sobre los tejados y jóvenes que duermen bajo los árboles de los Campos Elíseos; unos locos de alegría, otros que quizá la semana próxima se levanten la tapa de los sesos; todos van buscando á alguien, unos al editor, quién al Mecenas, otros al empresario ó en busca de escolares, de afiliados, de víctimas y aun de cómplices; una confusion cosmopolita que trabaja, ayuna, delira, lucha sobre la inmensa superficie de París para dejar un nombre en la posteridad, ó la ambicion en la cárcel, ó el ingenio en el manicomio, ó el cadáver en el hospital.

Sí, querido Parodi, este espectáculo es raro, pero este aire me sofoca; mañana comeremos en el *Passage des Princes*; tambien yo tengo mis caprichos de pobre diablo, tengo necesidad de cuando en cuando

de extender mi vanidad en una sala dorada y hundir mi miseria en una copa de Champagne...

*
* * *

...¿Champagne? *Kellner*, trae champagne á este señor.—*Siebecsbämen mich mit Ibrer Hoflichkeiten*, rubio capitán Schopper. Vuestro barco es un palacio espléndido y vos sois el rey del Danubio.

¡Qué hermosa noche! Por las ventanas abiertas veo, más allá de las aguas sonrosadas del río, huir la orilla cubierta de bosques del Banato de Temesvar y entre ventana y ventana los grandes espejos con marco de oro reflejan la melancólica campiña de la Esclavonia.

La fortuna ha puesto entre mis ojos la carita más hermosa y el cuerpo húngaro más esbelto que nunca haya pasado por el puente nuevo de Pest. Señor Castelulú, recítadme los versos dedicados á la estatua de Michaiú Vitézlú, adoro la lengua rumena, y Vd. capitán Schopper, soplad sobre mi cara una nubecilla de humo de vuestro perfumado cigarro de la Habana.

¡A tu salud, buen Mahmud Dejézaerli, gloria predestinada de la pintura italiana; buenos estu-

dios en Viena y que dentro de diez años te vuelva á ver instalado en un hotelito de la orilla del Bósforo, al lado de la más blanca mezquita de Bujukderé! Paréceme que allá abajo alguien está cantando las alabanzas del Rhin. Capitan Schopper, mandad á ese insolente á balancearse sobre su riachuelo en una barquilla de papel y enseñadle á respetar nuestro inmenso Danubio. ¡Qué! ¡Os dá risa capitan! ¡Reís del efecto que me produce vuestro Champagne, no es así? Pues bien...

*
* *

....Pues bien, ¿qué es esto? ¿Qué es lo que aquí pasa? Desapareció la ribera de la Esclavonia, el cielo se ha sumergido, las aguas se agitan, muge el viento y la espléndida sala se ha trasformado en un tugurio iluminado por un candil, el elegante capitan Schopper en viejo harapiento, la hermosa señora húngara en pobre campesina con dos niños en los brazos, y el barco rueda, cabecea y estalla espantosamente destruyéndolo todo.—*No, no, señor capitan* por amor de Dios; tenga piedad de mis pobres criaturas, no nos movamos de aquí, el mar está muy malo, nos va á ocurrir una desgracia; esperemos que venga el día,

no pasemos el cabo de Trafalgar, os lo suplico por mis pobres criaturas!

—No puedo, buena mujer: *el capitan tiene sus obligaciones*; hay cinco pasajeros que van á Africa; mañana al alba debo desembarcar en Algeciras; no puedo pasar la noche en Trafalgar; es preciso intentar pasar adelante; ocurrirá lo que Dios quiera!

—¡No, no, señor capitan! ¡Moriremos todos! ¡Mis niños! ¡*Ave Maria purísima*, se ha ido! ¡Vd., señor italiano, por caridad, vaya á suplicarle al capitan que no se mueva de aquí y que no nos lleve á la muerte!

—Aquietáos, buena muger; allá voy, ¡Capitan! D ónde está el capitan? No hay manera de encontrar á este capitan?—¡Está en la proa!—¡Está en la popa!—¡Venga aquí y baje allá!...

*
* *

¡Hacia aquí, hacia allá! ¡Que el diablo os lleve! Llevo tres horas andando y aun no me he dado cuenta. Ya es mucho más de media noche. ¡Ah!

¡Si me hubiera quedado en la pequeña fonda de Leicester-Square, en lugar de venir á meterme en este laberinto fétido y oscuro! Despues de una calle, otra, detrás de una esquina, otra, enrucijada tras encrucijada...

jada, una fila de casas continua y jamás una puerta abierta, ni una luz en las ventanas y ni un *policeman*, ni rastro de voz humana, ni el ruido de una pisada; ningun indicio de vida; nada más que muros interminables y negros que se pierden entre la niebla, y silencio sepulcral. Ando, me echo á correr, quiero devorar el camino, y siempre me parece que estoy en el mismo sitio. Quién sabe, quizá no haga otra cosa que ir y volver por las mismas calles. Esta sospecha me desalienta y comienzan á faltarme fuerzas. Y luego... de qué serviría que tratase de ocultar á mí mismo, si realmente tengo miedo de ser asesinado, de caer en una cloaca, de tropezar con un cadáver ó de meterme en un charco de sangre. ¿Cómo he venido aquí? ¿dónde estoy? ¿Si á lo menos supiera esto! ¿Estoy en White Chapel? ¿en San Gilles? ¿en Waping?

¡Si tuviera seguridad de estar en Bethnal Green, por ejemplo, trataría de buscar á Mile end Road, y desde allí sabría ir á la torre de Lóndres; ó si de estar, estuviera en Seven Dials, podría ir á parar á Regen Street y enfilar con Piccadilly. Pero desde aquí, no sé ni hácia qué parte volverme, camino á la ventura, como si fuera un loco. ¡Si fuese á parar entre una manada de ladrones! ¡lo preferiría, con tal de encontrar á alguién! Este silencio me hiela la sangre. ¡Santo Dios! ¡No pido más que el rumor de un paso ó el ladrido de un perro! ¡Y ya estoy en otra de estas calles interminables y lúgubres! ¡Ya no doy un paso

más! tienen estas calles algo de horrendo; viven aquí los muertos, mis piernas tiemblan, se me hiela el corazón, pierdo el sentido y siento necesidad de gritar, yo...

¡Qué! ¿eres tú! ¡Tú, mi amiga! ¡Tú, mi amor! ¡Tú, aquí, en Lóndres! ¡Conmigo! ¿Esto es un sueño? ¡Habla! ¡No! huyamos antes, dame la mano, ánimos, sígueme volando... ¡Oh, qué placer tan inmenso! el viento nos lleva, se ilumina el cielo, golpea nuestras frentes el sol. ¡Desapareció Lóndres, estamos en plena mar, nos hemos salvado!

*
*
*

...¿Dónde estamos? ¡Y me lo preguntas tú, chiquilla clásica, rodeada de griegos y romanos, tú que te pones encendida si te nombran á Píndaro, que lloras cuando me atrevo á decirte que un día haremos juntos un viaje á la Troade, tú que me has puesto celoso contra Anibal y hecho meter en el bolsillo á Caton, cabecita rellena de grandes nombres y de grandes versos! Pues bien; por esta vez al ménos vas á estar contenta; pero es preciso que adivines donde estamos. Mira ese espléndido cielo, este mar azul, estas colinas cenicien-

tas, las rocas desnudas, las piedras esparcidas, y adivina.

—¿Qué es eso? ¿Te pones pálida?—Pues bien; no, no es la Troade.—No, tampoco son las ruinas de Cartago.—¿Nicea? Mucho menos señorita. Busca, no desmayes, escudriña en tus recuerdos históricos, pregunta á todas tus aspiraciones clásicas. Eso, eso es, amiga mia. ¡Atenas! ¡Atenas! ¡Atenas! ¡Estamos sobre la Acrópolis! ¡Pierdo la razon de ver tu gozo tan inmenso! Ven aquí entre mis brazos y admira; aquella es la costa oriental del Peloponeso, más acá la isla de Salamina, allí el Pireo, del otro lado el Falereo, á la derecha sobre aquella colina desnuda el templo de Tesco, sobre esta roca en direccion á mi mano las ruinas del Areópago; aquí por bajo el Teatro de Baco, donde Esquilo y Sófocles hacían representar sus tragedias; en el fondo de aquella garganta el Templo de las Euménides; ¿es.ás temblando, pobrecilla, oyendo pronunciar estos nombres? y ahora vuélvete y mira las cuarenta y seis columnas del Partenon, y ahora levántate y haz alguna locura, porque las piedras sobre las cuales has estado sentada hasta ahora, sosteñían la enorme Minerva Promacos de Fidias, la cual mostraba al cielo la punta de su lanza dorada, primera imágen de la patria que volvia á ver el navegante ateniense, viniendo por el cabo Sunium.

¡Ah, mi querida chiquilla clásica llora!

¿Dónde está nuestro niño? Aquí estaba hace un momento. ¡Silencio! No te inquietes que no puede

estar lejos; tú, busca por aquí, yo, por allí; se habia escondido en el Erecteo. Chico, ¿dónde estás?

*
* *

....Oye buen hombre: he recorrido el mundo y he conocido muchos bufones; pero, francamente, no he tropezado con uno de tu estampa. Animo, adelante; segun dice el proverbio, el buen juego dura poco, lo cual quiere decir, que un juego estúpido debe concluir apenas comenzado. Poned en tierra el niño que teneis en la mano derecha que es mio, el que llevais á la espalda, el que teneis cogido bajo el brazo y los tres que van metidos en la cesta. ¿Eh, lo oís? Ponedlos en tierra ó trepo por vuestra columna y os derribo como un saco de trapos. ¿Os parecen bromas estas? ¿De dónde habeis salido, cara patibularia? ¿Quién sois? ¿Cómo os atreveis? ¡Ah! El horrible mónstruo se mete en la boca la cabeza de mi niño. ¡Socorrol ¡Aquí, aquí, atenienses. El cielo sea alabado, viene gente. Esto está bueno; ¿por qué rien todos? ¡Atenienses, ¿qué tiene esto de risa? Es una vergüenza que en una ciudad culta y noble como la vuestra se permita á un tuñante como este torturar á los niños en medio de la plaza pública.

Responded, ciudadano; esplicadme vos estas infamias ¡Oigamos!

—Eh, monsieur; vous êtes fou, vous n'êtes pas à Athènes, vous êtes dans la ville de Berne, devant la statue de mangeur d'enfants, devant la Kindlifresser-Brunnen, que tout le monde connaît; regardez donc dans votre guide Bedeker, farçeur...

¡Eh, caballero, está Vd. loco! no se halla Vd. en Atenas, sino en la ciudad de Berna ante la estatua del *comedor de niños*, ante la Kindlifresser-Brunnen que todo el mundo conoce; mire Vd. en su *Guía Bedeker*, farsante!

* * *

...¡Estátua! ¡Berna!

En Berna no hay ni esta campiña solitaria, ni este cielo de zafiro, ni esta inmensa paz que me penetra hasta lo más profundo del alma ¡Oh! ¡Mi bella Bulgaria! Hermosas rocas coronadas por castillos cubiertos de musgo y teñidas de rosa y violeta por los primeros rayos del sol; bellas colinas vestidas de manchas inextricables que el otoño desgajara con sus mil colores pomposos y tristes, pueblos negruzcos medio sepultados en la tierra como para sustraerse á la vista.

del minarete odioso que se alza sobre su cabeza; vastos ganados errantes, inmensos rebaños, gallardos pastores envueltos en gran sayo y con gorra de pelo, encorvados sobre las huellas de los caballos de los *lilas*, acaban de pasar arrastrando las fortalezas del Danubio vuestros hermanos encadenados; bello pais, salvaje y melancólico, hermoso pueblo austero, silencioso y dulce, te respeto y te amo!

Maldito sea el camino de hierro que ha roto el hilo de la fantasía.

Ahora es preciso bajar y echarse al colete una galería de milla y media de larga: cosas que no ocurren más que en Turquía.

Entremos, pues. Agarrémonos bien, señores, y mucho cuidado para no perderse; está oscuro como boca de lobo. Quisiera saber cómo puede pasar el tren por este cilindro apenas dos codos de ancho. Explíqueme Vd. este milagro, señ.... ¡No hay nadie! Peor para ellos. Yo, enciendo mi cigarro y sigo adelante tranquilamente... ¡Oh! ¿qué quiere decir esto? Si aquí no hay vías; esto no es una estación de ferro-carril, esto es un corredor; los muros están señalados con cruces é inscripciones..... españolas. ¡Qué horrible cosa!

¡Los subterráneos del Escorial...



....Ha sido un momento de debilidad; la oracion ha reanimado mi espíritu; adelante encontraré una salida; Dios me asistirá; todo está en poder llegar á un patio. Tiembla mi corazon, sin embargo. Me espanta este corredor sin límites; no recuerdo haberle visto la primera vez que estuve en el convento. Y este ruido.... no le producen mis pasos! ¡Ah! Se me eriza el cabello. No, un momento, un poco de reflexion; este ruido lo hacen mis pasos; si, me detengo...

¡Santo Dios! ¡Se oye todavía! ¡Me vuelvo loco! ¡Pero dónde se oye? Delante de mí no, no es, porque echo á correr y siempre lo oigo á la misma distancia; detrás tampoco, porque si me detengo no me alcanza nunca. ¿Será en la bóveda? No es posible, porque no podría oirse tan claro; debajo no puede ser. ¿Dónde será? ¿Estoy soñando? Pero no, lo siento, lo siento cerca de mí, monótono, obstinado, siniestro. Esto no es un espectro, es un fraile, un cura, un guardian que quiere hacerme encanecer de terror. ¡Oh! la rabia que me devora es aún más fuerte que el temor. Este desconocido astuto me es aún más odioso que te-

mible. ¡Oh, tú, que caminas delante, ó detrás, ó al lado, ó arriba, ó abajo; quien quiera que seas, eres un miserable á quien desprecio y escarnezco; te reto á que te presentes! Si no compares, te digo que eres un bellaco y te escupo á la cara; aunque fueras el mismo Felipe II en carne y hueso con corona y espada, te juro que no me amedrentas y te mando que me hagas frente para que pueda plantarte en el corazon un palmo de mi puñal marroquí enviándote á que te pudras con estúpida prosapia bajo el altar mayor de San Lorenzo!—Nadie responde y el paso sigue oyéndose cercano á mí, lento, cadencioso, implacable.

Me vuelvo loco. ¡Adelante, acércate, dime hacia qué parte estás; ponte al alcance de mi mano para que yo pueda librarme de esta tortura! ¿Estás metido dentro del muro? Pues bien, mira, le golpeo con los puños, con los piés, lo hiero con el puñal, lo arañó con mis uñas, lo rayo con mi sangre. ¡Fuera! ¡fuera! ¡fuera!—Nadie responde y siempre á la misma distancia aquel paso mesurado, sonoro, lúgubre como el golpear de un martillo sobre el ataud! ¡Esto es demasiado, no puedo más, tengo miedo, es un sueño que me mata, despertadme, despertadme!....

*
* *

...Debe haber sido el barquero quien me ha despertado dándome en el costado un puntapié. ¿Dónde vamos? La campiña está llana y velada por la lluvia como si hubiera una niebla cerrada, algun molino de viento se echa de ver confusamente, y alguna que otra torre; el canal es amplio y está lleno; pienso que debemos caminar entre Leuwarden y Dokkum. No se estaría mal, metido en este *trekschuit* pequeño y abrigado, con un libro en la mano y la pipa en los labios; pero sería preciso echar á un lado estos diez y siete niños mofletudos que me aprietan por todos lados, y estas mujeronas, estas caras de luna llena, esta hermana carnal de la *Veneranda* que me enternece hablando tan quedito. Preciso es tener presente que de estos diez y siete mamotretos, el primero le ha gustado, puesto que van ya dadas á luz diez y seis ediciones segundas sin corregir una letra, y todos llevan el sello claro de la beatífica necesidad de la madre.

¡Oh! ¡Esta es Holanda en verdad! ¿Quién será aquella loca que ha lanzado sobre los países Bajos esta avalancha de niños? ¡Cómo es posible que esta madre de un pueblo, tenga caprichos en la cabeza! Y se ponga á

tocarme los piés. ¿Toca? Pisa, ¡por Júpiter! "Teneis una manera algo... demasiado vigorosa de manifestar vuestras simpatías, señora mia... quisiera decirle..." ¿Qué decis? ¿Eh? ¿Yo? ¡Pero estais loca! ¿Yo vuestro marido? ¿Os he tomado por esposa delante del burgo-maestre de Dokkum? ¿Estos diez y siete niños son... nuestros? ¿Teneis el contrato de matrimonio? ¡Ah! ya se aclara mi memoria... ¡Por consiguiente es verdad! ¡No he hecho más que soñar hasta ahora por consiguiente! No os inquieteis, mujer mia; abro la ventana, y saco fuera la cabeza para tomar una bocanada de aire; os amo más que á mi vida; saco fuera aún parte de mi cuerpo;—os adoro;—me empino ahora un poco más; dejadme apoyar el pié en la silla;—así amor mio;—y ahora tú, Dios piadoso, acoje en tu seno mi espíritu; y vosotras aguas de Holanda mi cuerpo!...

¡Condenacion eterna! ¿Quién me detiene?

*
* *

...*Caballero*, Vd. perdonará si hemos tirado tan fuerte; somos guardias civiles, y tenemos que obedecer las órdenes; está prohibido que los viajeros saquen la cabeza fuera de la ventanilla; podría ocurrirle una desgracia; andan los carlistas por todas partes; ayer

estaban en Calatayud, anteayer merodeaban en los alrededores de Sigüenza; para algo se nos hace venir aquí, cinco guardias en cada wagon, armados hasta lo dientes; no se eche sobre los fusiles, que están cargados.

—¡Está bien! ¡Hé aquí una deliciosa manera de viajar! Dos fusiles cargados, por delante, otros dos, por detrás, una pistola, tocándome las rodillas, el mango de una bayoneta, pegándome en un lado y seis correas de las mochilas, que vienen á darme en las espaldas; y si me asomo á la ventanilla, una bala cilíndrico-cónica en el cráneo; y todas estas dulzuras por ir á Marruecos. ¡Pobre España! ¡Qué cambiada te encuentro! Los campos desiertos, los pueblos llenos de barricadas, las casas quemadas, las estaciones del ferrocarril medio destruidas y rodeadas de parapetos y de fosos; vagando por todas partes grupos de campesinos ociosos y de cansados soldados; tiendas, centinelas, caballos extenuados, huellas de campamentos, casas ennegrecidas, miseria. No parece, sin embargo, que mis compañeros de viaje se preocupen gran cosa de lo que pasa allá; veo dos esposos que palomean; aquí un operario alegre, que hace proposiciones de matrimonio á una vieja campesina aragonesa; más allá, cinco descamisados juegan á las cartas; un oficial de cazadores canta, un carretero (postillon castellano) que trinca y un viejo párroco rural que sorbe tabaco voluptuosamente, entre la lectura de un párrafo y otro de *La España Católica*. Alegráos.

hijos, y que Dios os conserve. Ahora, ya canta el carretero, el operario le hace el eco; los cinco descamisados entran en el coro; ¿cómo es esto, qué pasa, también Vds., señores guardias? ¿Pero, y la consigna? ¿Y la disciplina? ¿Y los carlistas? ¡Oh, qué hermoso país de locos! El carnaval en medio de la guerra civil.

¡Bravo! Viva la... de buena gana daría un capiro-tazo á las narices de aquellos dos esposos que se miran con los ojos en blanco. ¡Por vida de Carlos V! ¡No hay suplicio peor para un pobre viajero, que tener que asistir á estas niñerías! ¡Vamos á ver si se concluye, que el wagon no es una alcoba, qué diablo!

*
* *

...Otra pareja,—otra,—y otra. Héme aquí en plena Arcadia. Tengo que soportar este fastidioso espectáculo hasta Colonia. Así como así no debí haber venido. Me lo habian advertido que éstos malditos vapores del Rhin, en otoño, son un nido flotante de todos los amores nupciales de Bélgica, Holanda y Suiza alemana y de los países de ambas orillas. Hé aquí todas estas cabezas rubias, dulzonas, gresnudas, que levantan sus ojos al cielo y dejan caer la frente.

Aquí están las miradas veladas, los apretones de manos furtivos, los besos enviados con el abanico, los toquecitos con los piés, los secretitos, languideces y tonterías infinitas que cincuenta malditos notarios tabacosos han legitimado para mi desdicha. Aquella belga sietemesina emperregilada, aquella maguntina petulante, esta luxenbúrguesa hipócrita, que esconde con el *Allgemeine Zeitung* el brazo de su marido... Las... desvergonzadas.

Los oficiales alemanes saludan el vapor desde las terrazas de los pueblecitos, las iglesias góticas reflejan sus agujas cinceladas en las aguas y los viejos castillos dibujan sus formas negras y gigantescas sobre el cielo; pasa la roca de Coblenza, desaparecen las ruinas de Hammerstein, se esconde detrás de los montes el espléndido castillo de Rheineck, se deshacen como siete nubes enormes las Siete Montañas, ¡y ellos no ven nada! Y continúan dale que dale con la punta de los dedos y con la punta de los piés, estultamente seguros de que no son vistos, como si todos estuviésemos dormidos, ciegos ó estúpidos... ¡Y sin embargo, si no hubiera todas estas tonterías, no habría encontrado por las noches en los días de fiesta, en los jardines de Amberes ó en las calles de Basilea, una multitud de angelitos con el pelo de oro, que me ahuyentaron de la cabeza las ideas negras y me llenaron el corazón de dulzura! ¡Ah! ¡soy un ingrato!

¡Sí, sonreid, miráos, amáos, habláos al oído, jugad con la punta de los piés, gozad, embriagáos, olvidáos

de nosotros, y del Rhin, y del universo entero! con tal de que tengamos los angelitos con los cabellos de oro...



... ¡Aquí están! Una multitud de niños y niñas que invaden el *Prater* de Viena, extendiéndose por entre los árboles sin hojas, y por los caminos cubiertos de hojas amarillas. El otoño se ha cambiado de repente en primavera; el aire gris se ha cargado de fragancia y resuena con mil voces armoniosas, respirando todo frescura y alegría. Formando grupos, filas, círculos ó bandadas, van y vienen como nube de pájaros y de mariposas, y hacen el efecto de un inmenso jardín de rosas y de lirios vivientes, que por sí mismos se tejen y destejen, formando rápidamente mazos, coronas y guirnaldas palpitantes y sonoras. Bandas escocesas y pieles rusas, chupas húngaras y birretes polacos, plumas de color de púrpura, rizados rubios y lazos azules ondulan y se confunden por entre los círculos, cochecitos, caballitos, cometas, globos de color de rosa. Todo sonríe, brilla, resplandece y hace gozar: un divino sentido de juventud y de esperanza invade mi espíritu.

¡Benditas seais bellas flores apenas abiertas de la raza humana! ¡Benditos sean vuestros rostros sonrosados y vuestros cabellos de seda; benditas vuestras piernecitas desnudas, vuestros juegos, vuestro gozo, vuestra inocencia, vuestras familias y vuestra vida! ¡Yo os adoro, criaturitas! Venid, acudid á mi alrededor, obligadme á hacer alguna cosa, que os sirva de algo, imponedme vuestros caprichos, divertíos conmigo. ¿Queréis pegarme? ¿Queréis darme una grita? ¿Queréis que me ponga para que salteis por encima? ¿Queréis que os lleve sobre las espaldas? ¿Queréis que trepe por un árbol para haceros reír? Y... si me rompo la cabeza, direis vosotros. ¡Qué me importa si es por daros gusto! Animo, arriba, al árbol. Ya estoy muy alto, ¿no es verdad? Pero aún he de subir más. ¿Así?—*Noch!*—¿Así?—*Immer-noch!*—Pero qué, ¿queréis que suba hasta...

*
* *

...¡Qué panorama tan encantador! ¡Un golfo cubierto de naves, dos mares que se juntan, tres ciudades que se abrazan, Europa y Asia que se miran, mil minaretes y mil cúpulas, en medio de millares de kioscos, de bazares, de baños, de terrazas, de acue-

ductos, dentro de inmensa corona de jardines y de bosques; y por todas partes una multitud abigarrada é innumerable que sube y baja por veinte colinas y veinte puertos en medio de cipreces, fuentes y tumbas; y sobre todo esto, el cielo de Oriente! ¡Oh que hermoso es, espléndido y soberbio! No creía yo que una belleza tan maravillosa pudiese verse sobre la tierra sino en sueños. Ahora comprendo al musulman moribundo cuando dice:—*llévame á la ventana.*—Os comprendo poetas que habeis roto la pluma, pintores que habeis desgarrado la tela, científicos que habeis perdido la flema, comerciantes que habeis balbuceado versos, niñas que habeis lanzado un grito abrazandoos á vuestra madre, gentes de todos países y temperamentos que habeis sentido removerse vuestra sangre y asomar las lágrimas á los ojos ante esta vision del Paraiso!

Oh, ¡qué felicidad, si yo pudiera tener á mi lado todo lo que amo, y vivir aquí, á esta sublime altura, en esta terraza aérea, saludada por el primero y último rayo de sol! Guardian, no me fastidiés. Hago lo que debo *captan*. Todo Constantinopla sabe que nuestro señor y amo Abdul-Aziz, que Alá proteja y conserve, no quiere que ninguna frente humana se levante por cima del último parapeto de la torre del Serasquier.—*Hazme, pues, el favor de bajar la cabeza. Déjame en paz y te doy cinco francos.*—¡Baja la cabeza *captan!*—*Te doy dos escudos franceses.*—¡Baja la cabeza *captan!*—*Te doy un Napoleon de*